

¡Cuidado! (12/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Santiago 3.1-12
23 de agosto de 2019

¡Cuidado! (12 de 13)

Texto bíblico: Santiago 3.1-12

Introducción:

En la lección de la semana pasada vimos el mensaje central de toda esta epístola, que la verdadera fe tiene que manifestarse en la vida (en lo que Santiago llama «obras»), pues de otro modo no es verdadera fe. Hoy vamos a ver lo mismo, pero en este caso respecto al uso de la lengua y las palabras.

Esto es típico de esta epístola. El autor no nos llama a acciones heroicas que de una vez por todas den testimonio de nuestra fe. Ciertamente, bien puede haber ocasiones en las que tal testimonio es necesario. Para comprobarlo basta con mencionar el caso de los muchos mártires que murieron sencillamente para dar testimonio de su fe, y que pudieron salvarse con solo negar esa fe. Pero el autor sabe bien que lo que más nos tienta a los creyentes no son las graves amenazas, y que las pruebas más frecuentes tienen que ver con las pequeñas decisiones de la vida cotidiana. Y eso es lo que le interesa: que sus lectores, quienes probablemente no se destaquarán por sus heroicos actos de fe, sí se destaquen porque viven su fe en cada circunstancia de sus vidas.

De entre las muy diversas tentaciones que Santiago pudo escoger, toma la de emplear el habla para mal—o, lo que es prácticamente lo mismo, a no emplearla para bien. Esto no implica que tales sean las tentaciones más serias. Pero la pequeñez misma de la lengua, y los grandes males que puede crear, son ejemplo del modo en que la vida cristiana se practica sobre todo en lo de todos los días, en lo que no parece ser tan importante, pero sí lo es.

Todo esto quiere decir que al estudiar el pasaje bíblico para hoy debemos hacerlo tomando en consideración dos cosas. La primera de ellas es lo que el pasaje mismo dice directamente, el poder de la lengua para hacer el mal y la necesidad de controlarla. La otra es que como creyentes debemos recordar constantemente que lo que parece insignificante puede causar grandes males.

Vocabulario bíblico:

Como es típico de la buena literatura de sabiduría, y hemos visto repetidamente en esta serie de lecciones, Santiago dice cosas muy profundas con palabras familiares y con referencias a la vida cotidiana. En este caso, sí hay una frase que requiere alguna explicación:

EL MUNDO ENTERO: Los intérpretes y traductores no concuerdan en cuanto al sentido exacto de esta frase. Ciertamente las palabras que se usan en el original griego tienen sentido, por una parte, de rueda, ciclo o cosa completa y, por otra, de creación, de origen y posiblemente de vida. Otras versiones dicen: «toda nuestra vida» (Nácar-Colunga); «la rueda de la vida» (Biblia

de Jerusalén); «el curso de nuestra vida» (Biblia de las Américas); y «la rueda de la creación» (RSV95).

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Mostrar la importancia de las cosas pequeñas—sobre todo los pecados pequeños, como los de la lengua.
2. Entender el mal que el mal uso del habla, las «malas lenguas» puede hacer
3. Invitarnos a cuidar lo que decimos y cómo lo decimos.

Inicio

1. Señale que una de las características de la literatura de sabiduría es ilustrar sus enseñanzas con ejemplos tomados de la vida común. Eso es lo que veremos una vez más en esta lección.
2. Recuérdele a la clase que a través de todo nuestro estudio de Santiago hemos visto la importancia que les da a las palabras. Vimos, por ejemplo, el consejo de escuchar con mayor prontitud y hablar con más cuidado.
3. Si considera que esto despertará más el interés en la lección, indique que hoy vamos a tratar, entre otras cosas, de los chismes en la iglesia.

Desarrollo

1. Lea detenidamente el pasaje que estudiaremos, haciendo una lista de las imágenes que vayan apareciendo en él. Esa lista puede incluir temas o ilustraciones tales como:

- a. El freno en la boca del caballo
 - b. El timón de una nave
 - c. Una pequeña llama que incendia todo un bosque
 - d. La posibilidad de domar a las bestias
 - e. El veneno mortal
 - f. Una fuente de agua
 - g. Una higuera y una vid
2. (No tiene que entrar en la debatida cuestión de qué sea «la rueda de la creación». Pero sí debe entender algo de lo que se dice en el «Vocabulario bíblico» para el caso de que alguien lo pregunte.)
3. Invite a la clase a discutir lo que cada una de estas imágenes le da a entender en cuanto al sentido todo del pasaje. Asegúrese de que salgan a relucir al menos los siguientes puntos:
- a. Que el poder de la palabra es enorme, a pesar de lo pequeña que es la lengua (y, si se quiere, de que las palabras por sí mismas no hacen mucho ruido)
 - b. Que, empleado para mal, ese poder puede causar enorme destrucción
 - c. Que controlar lo que la boca dice no es fácil, pero necesario
 - d. Que quien usa las palabras para mal no puede verdaderamente bendecir a Dios.

Es como

- i. Una fuente que pretende dar agua dulce y salada
- ii. Una higuera que pretende dar aceitunas

- iii. Una vid que pretende dar higos.

Cierre

Termine la clase planteando las preguntas que se hacen al final de la «Aplicación». Sobre todo, subraye la sorprendente afirmación de Santiago, que quien con la boca maldice no puede también con la misma boca bendecir a Dios.

Análisis de la Escritura:

Santiago 3.1: Una vez más el autor se dirige a sus lectores como «hermanos». Esto indica que va a empezar una nueva sección. La exhortación a no tratar todos de ser maestros se debe, no sencillamente a que no saben lo suficiente, sino sobre todo a que quien enseña se hace responsable no solamente de sí mismo, sino también del camino que sus discípulos siguen. El mismo hecho de enseñar es un reclamo de tener mayor sabiduría. Luego, quienes enseñan cuando no deben, o lo que no deben, recibirán «mayor condenación».

v. 3.2: Este es un versículo interesante. Empieza por afirmar que todos ofendemos repetidamente. El pasaje no dice explícitamente si se trata de ofensas contra Dios, o de ofensas contra otras personas. Posiblemente sea ambas cosas, pues aparentemente Santiago entiende que quien peca contra su prójimo peca también contra Dios.

Pero entonces viene lo más sorprendente: ¡Quien no ofende de palabra es una persona perfecta! Aquí tenemos que recordar lo que vimos en otra lección, que la perfección de que

aquí se habla no es lo perfecto en el sentido de ser inmejorable, sino lo que a cada momento de su desarrollo es como debiera ser. Aquí, el ser persona perfecta quiere decir estar en el lugar correcto en el camino de la vida.

En todo caso, Santiago le presta especial importancia al poder de la palabra. En la lección anterior era principalmente la Palabra de Dios. Aquí es la palabra humana. El autor le concede tanto poder a esa palabra, que parece afirmar que quien sabe dominar su palabra, de tal modo que no ofende a Dios o a otras personas, también sabrá dominar el resto del cuerpo.

vv. 3.3-4: Aquí empieza una discusión acerca del poder de la lengua que primero ofrece un par de imágenes para mostrar cómo algo tan pequeño como la lengua puede hacer tanto mal. La primera de esas imágenes es la del freno en la boca del caballo. El caballo es un animal poderoso, ciertamente más fuerte que quien lo monta. Pero mediante ese pequeño pedazo de metal que el caballo lleva en la boca el jinete dirige todo el animal. Con poca fuerza—a veces no más que un ligero toque en las riendas—se puede hacer que el caballo corra en una dirección u otra. Y lo mismo sucede con las naves. En el antiguo Imperio Romano, donde la iglesia nació y donde esta carta fue escrita, la mayor parte del comercio se hacía por vía marítima. Hay autores de esa época que expresan admiración ante los enormes barcos que llevaban suficiente trigo para alimentar a toda una ciudad por varias semanas. Esos grandes barcos eran impulsados por los vientos —vientos que el navegante no podía gobernar. Pero así y todo era posible guiarlos gracias al timón. Este no era más que un remo en la popa de la nave, frecuentemente manejado

directamente por el timonel. En otros casos, mediante un sistema de poleas y palancas, el timonel podía guiar el barco desde la cubierta, donde podía también ver el camino que llevaba. Si el caballo era uno de los animales más poderosos que se conocían en buena parte del Imperio Romano, el gran buque de carga era la maquinaria más poderosa en todo el Imperio. Y sin embargo, al igual que el caballo se maneja con un pequeño freno, el gran buque se gobierna mediante un pequeño timón.

v. 3.5a: Ahora se explica la razón de las dos imágenes que se han empleado: el freno del caballo y el timón del barco. Ambos, a pesar de ser pequeños, tienen poder para dominar un animal y un buque mucho mayores que ellos. De igual manera la lengua es mucho más poderosa que lo que su tamaño parecería indicar.

vv. 3.5b-6a: La lengua no es poderosa solamente en el sentido de dominar todo el cuerpo, como el freno de un caballo, sino que también es poderosa por todo el mal que puede causar. Un gran incendio forestal empieza con un pequeño fuego. De igual modo, la lengua es como un fuego que puede abrasarlo todo. (Aquí es interesante notar que en ocasiones se hablaba de una llama como una «lengua de fuego», como ocurre en la descripción del Pentecostés en Hechos 2.)

v. 3.6b: Juntando entonces las imágenes referentes a la pequeñez del freno del caballo y el timón de la nave con la nueva imagen del fuego que se esparce, la epístola se refiere a la

pequeña lengua y a su poder malévolo de incendiar todo cuanto le rodea. (Nótense las referencias al incendio de la creación y a las llamas del infierno.)

vv. 3.7-8: Mientras es posible domar cualquier animal, por feroz o dañino que sea, es imposible domar la lengua. La referencia al «veneno mortal» nos recuerda la referencia a las serpientes unas líneas antes.

v. 3.9: La lengua tiene un carácter ambivalente. Sirve para bendecir a Dios y para maldecir a quienes están hechos a imagen de Dios. (Nótense que «ben-decir» significa decir bien, pronunciar el bien sobre algo o alguien. Y «mal-decir» es todo lo contrario.)

vv. 3.10-12: Aquí la epístola muestra la preocupación de su autor por una religiosidad que se ocupa mucho de Dios, pero poco o nada de los humanos creados por ese Dios. La boca que pretende bendecir a Dios también maldice a los humanos. Pero eso es una pretensión falsa. De igual manera que una sola fuente no produce a la vez agua dulce y amarga, una misma boca no puede proferir a la vez bendiciones y alabanzas a Dios y maldiciones sobre los humanos. Eso sería como si la higuera pretendiera producir aceitunas; y la vid, higos. La higuera, por mucho que se esfuerce en otra dirección, no puede producir otra cosa que higos. Y algo semejante sucede con la vid, que solamente produce uvas. En realidad tal cosa es imposible, de igual modo que una fuente no puede producir agua potable y agua salada.

Lo que todo esto quiere decir es que bendecir a Dios con la misma boca con que se maldice a las personas es tan imposible como que una higuera produzca aceitunas. Quizá una higuera pueda producir higos tan pequeños y malformados que parezcan aceitunas; pero todavía serán higos. De igual manera, una boca puede parecer que bendice a Dios. Pero si es una boca de maldición su bendición no será tal.

Todo esto nos lleva de nuevo al tema de la verdadera y la falsa religión. Santiago parece estar diciendo que las bendiciones y alabanzas a Dios, si las pronuncia una boca maldiciente—una boca que maldice al prójimo—no son verdadera alabanza ni bendición. Son más bien como higos que parecen aceitunas, o como una fuente amarga que pretende producir agua dulce.

Aplicación:

El autor de esta epístola parece estar fascinado por el poder de la palabra. Por un lado está el poder de la Palabra de Dios, que en otros lugares se nos dice que es el poder mediante el cual Dios ha creado todas las cosas. Y por otro está el poder de la palabra humana, cuyo uso por parte de los creyentes es lo que más le preocupa.

Todo este pasaje que estudiamos nos habla acerca de ese poder y de sus terribles consecuencias cuando se le emplea mal. Las imágenes son impresionantes e instructivas: el freno de un caballo, el timón de una nave, la pequeña llama que produce todo un incendio.

Como humanos hechos a imagen de Dios, y aunque nos sorprenda pensarlo, nuestras palabras tienen un poder semejante al de la Palabra de Dios. En Génesis se afirma que «Dios dijo ... y fue». Es decir, que Dios crea diciendo. Y en cierta medida nosotros también creamos diciendo. Hablando palabras de amistad creamos amistades. Nuestras ideas se maduran según las ponemos en palabras y otras personas nos ayudan a desarrollarlas mediante sus comentarios –que también son palabras. Naturalmente, no podemos crear de la nada, como Dios. Pero con las palabras sí podemos crear lo que no existía.

También con las palabras podemos formar o destruir vidas. Es un hecho bien conocido que si desde pequeño le decimos a un niño que es malo, que no vale nada y que no se puede confiar en él, el resultado será un adulto que practica la maldad y en quien no se puede confiar. Y si, al contrario, le estimulamos en sus esfuerzos, le decimos que es capaz y que confiamos en él, cuando sea adulto esto también se verá en su personalidad y sus actuaciones.

También sabemos que, como vimos la semana pasada, una palabra airada a la que se le responde con mayor ira puede producir mucho mal, y hasta violencia física. Y esto debimos haberlo aprendido desde pequeños. Hubo un altercado entre dos de nosotros, y cada uno estaba convencido de que fue el otro quien empezó, pues uno se ofendió levemente y respondió con palabra un poco más ofensiva, de modo que las ofensas fueron haciéndose cada vez más serias y más airadas. A la postre tuvo que intervenir la maestra para separarnos y que no nos hiciéramos daño físico.

Pero lo vemos también ahora de mayores. Y lo vemos hasta en la iglesia. En la reunión de un comité alguien dice algo con lo que otra persona no está de acuerdo. Sin pensarlo mucho, esta segunda persona responde diciendo que es una estupidez. A ello el primero responde ofendido y con palabras ofensivas. A la postre la iglesia misma se divide en dos bandos, cada uno de ellos apoyando a uno de los dos contendientes. Frecuentemente ya para entonces se ha olvidado el desacuerdo inicial. Pero la disensión continúa y corroe la vida de la iglesia.

Pero no es solamente a eso que se refiere Santiago, ni es solamente de ese modo que la lengua puede causar sus mayores estragos. Cuando Santiago dice que la lengua mal empleada es como una llama que provoca un incendio, inmediatamente pensamos en los chismes y las maledicencias. Alguien hace un comentario sobre otra persona. Quien le oye le pasa el chisme a otra, probablemente con algún comentario adicional. Y así se va corriendo la noticia, que bien puede ser cierta, falsa, exagerada o mal interpretada, pero que en todo caso es insidiosa.

Todos sabemos de tales casos, tanto en la iglesia como entre nuestros conocidos. En algunos casos, tales maledicencias llevan a tragedias enormes, incluso el suicidio. Y hoy esto se ha vuelto todavía más terrible e insidioso, porque ya no tenemos que contarles el chisme a las personas de una en una. Hoy lo ponemos en las llamadas «redes sociales» y pronto se enteran del asunto hasta quienes ni siquiera saben de quién se trata.

Pero la semejanza entre nuestra palabra y la de Dios va más allá. Si la Palabra de Dios no volverá a él vacía, sino que hará aquello para que ha sido enviada, tampoco nuestras palabras volverán a nosotros vacías. Lo que dijimos no podemos borrarlo. Podemos tratar de corregirlo. Podemos pedir disculpas. Pero no podemos des-decirlo. Lo dicho, dicho está. La palabra que pronunciamos, ya sea verbalmente o ya en forma escrita, ha sido pronunciada, ha sido lanzada al mundo, y jamás podremos recogerla o retirarla.

Es por eso que Santiago recomienda que estemos prontos a escuchar, pero que al mismo tiempo seamos lentos en responder. Un joven dijo algo hace cinco años en las redes sociales, y hoy lo que dijo entonces hace que le despidan. Podrá retractarse repetidamente, pero aquellas palabras impensadas le seguirán el resto de sus días. En la política y la economía, un político trasnochado hace hoy un comentario en las redes sociales, y mañana el mundo se sacude y millares pierden el empleo. A la mañana siguiente, podrá tratar de cambiar lo que dijo, recordándonos la famosa frase del escribano: «Donde digo “digo”, no digo “digo”, sino que digo “Diego”». Pero lo dicho, dicho queda; y el mal tardará en repararse. En la casa, un padre desesperado le dice al hijo, «Eres un irresponsable que no vale un centavo». A los dos minutos puede arrepentirse de lo dicho; pero no puede hacer que el hijo lo olvide.

Ya con eso parece que se ha dicho bastante acerca del poder nefasto del mal uso de la lengua. Pero al final del pasaje Santiago dice todavía más. La boca que maldice al prójimo no puede bendecir a Dios—o, lo que viene a ser lo mismo, si bendice a Dios esa bendición es tan real

como una supuesta aceituna producida por una higuera. Esto es una fortísima sentencia sobre nuestro culto cuando nos dedicamos alabar y bendecir a Dios cuando al mismo tiempo maldecimos y criticamos al prójimo. (Véase 1 Juan 4.20)

¿Estamos dispuestos a ser prontos para oír, pero tardos para hablar? ¿Cómo podemos medir nuestras palabras para que no sean ofensivas? ¿Qué diferencia hay entre llamarle la atención a alguna persona sobre algo que debe corregir y hablarle ofensivamente? ¿Podemos comprometernos a medir nuestras palabras acerca de los demás, y a no repetir innecesariamente lo que se nos dice?

Resumen:

Lo más notable de este pasaje es el modo en que Santiago muestra la importancia de lo pequeño y su posible poder tanto para controlar como para destruir. El poder de controlar se ve primero en los ejemplos del freno del caballo y luego del timón de la nave, pero por último en el poder de la lengua, que es más difícil de domar que cualquier bestia salvaje. Algo semejante puede decirse cualquier falta que parezca no ser más que un pecado sin importancia. Pero en este pasaje Santiago centra la atención en el poder de la palabra o de la lengua.

En una lección anterior ya vimos el poder de la palabra airada para llevar a la destrucción. Aquí parece ser no solamente la palabra airada, la maldición, sino también la maledicencia, el chisme. La referencia a la lengua como una llama encendida en el infierno que bien puede llegar

a quemar todo un bosque advierte contra el vicio de lo que llamamos «las malas lenguas».

Pero las malas lenguas no solamente producen mal a otras personas, sino que también invalidan nuestro culto a Dios. La misma boca no puede bendecir y maldecir, y si lo pretende es como una higuera que pretende dar aceitunas. Aunque nos sorprenda y hasta nos choque, esto quiere decir que cuando con una boca dada a las maldiciones y las maledicciones pretendemos alabar y bendecir a Dios, nuestra alabanza y bendición no son tales. Para que la boca bendiga a Dios tiene que ser boca de bendición, y no de ira, de chismes o de maldiciones.

Oración:

Gracias, Dios nuestro, porque por tu Palabra nos has creado, por tu Palabra nos has llamado y por tu Palabra nos has bendecido. Perdónanos por el mal uso que a veces hemos hecho de tu don del habla. Enséñanos a escuchar, a pensar y a considerar antes de hablar. Purifica nuestras palabras para que no solo te bendigan, sino que también sean de bendición para los demás. Por nuestro Salvador, la Palabra hecha carne, oramos. Amén.

Lecturas devocionales para la próxima semana:

Lunes: Mateo 24.3-14

Martes: Jeremías 38.1-6

Miércoles: 1 Tesalonicenses 3.6-13

Jueves: Mateo 5.33-37

Viernes: 1 Pedro 4.7-11

Sábado: Santiago 5.13-20

Domingo: Santiago 3.13-18; 5.7-12

